

libro, «á que el hombre quite de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas busque y halle la voluntad divina en la disposición de su vida, para la salud del ánima» (1). Por medio de las frecuentes oraciones y de los ejercicios de penitencia corporal é interior, se procura alcanzar la gracia de lo alto; y con esta gracia coopera todo el hombre, guiado por un experto padre espiritual (2). La memoria, auxiliada por la imaginación, pone ante los ojos del alma las doctrinas y hechos de la Revelación, principalmente de la sagrada Escritura (3). Con lo interior se conforma lo exterior; en lugar de las ocupaciones cotidianas, reinan la soledad y el silencio; pero, sin embargo, todo eso no son sino medios para el fin, y la principal actividad pertenece á la voluntad y á la inteligencia. Medítanse tranquilamente las verdades de la fe y se aplican á las propias acciones y omisiones. Reflexión razonable, consideración espontánea y activa, generosas resoluciones que bajen hasta las cosas particulares: he ahí lo que Ignacio reclama. «¿Qué he hecho yo por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo?» (4) Hay que moverse á temor y vergüenza, admiración y gratitud, confianza, magnanimidad y encendido amor; y toda el alma se ha de penetrar de esos afectos. Que esa emoción no degenera en morbosa excitación, que el fervor no se arrebatase precipitadamente, pertenece al cuidado del director espiritual de los ejercicios; el cual ha de prevenir contra los votos inconsiderados (5), evitar que el rigor de las penitencias perjudique á la salud; y por muy santa que sea la vida religiosa, no debe recomendarla durante los ejercicios; antes bien ha de dejar

(1) Anotaciones n. 1 (loc. cit. 9-10).

(2) Anotaciones, n. 2, 6, 7, 17 etc. La necesidad de semejante dirección se encarece mucho en el Directorium, esto es, en la Instrucción ó guía para el uso de los Ejercicios espirituales, que se compuso por orden de la primera congregación general de la Compañía (1558), y después de muchas consultas, fué establecida definitivamente en 1599 por el general Claudio Aquaviva (Directorium Exercitiorum spiritualium c. 2, n. 6, 7: Institutum Societatis Iesu III; Flor. 1893, 510).

(3) Libro de los ejercicios. Segunda semana, segunda meditación, punto primero.

(4) Anotaciones n. 2 y 5. Primera semana, primera meditación, punto primero y coloquio. Directorium c. 8, n. 1; c. 9, n. 4, 5, 9-11; c. 34, n. 1-3.

(5) Es inexacto lo que afirma Gothein (p. 239): Que S. Ignacio declara inválido todo voto hecho durante los ejercicios. Semejante declaración sería, además, de ningún valor, como contraria á la ley moral natural y cristiana.

«estando en medio sin decantarse á una parte ni á otra, obrar inmediatamente al Criador con la criatura y á la criatura con su Criador y Señor» (1).

En el prefacio que se puso en el año de 1548 á la primera edición impresa de los Ejercicios (2), se dice que su autor, no tanto los había sacado de los libros, cuanto de la divina ilustración y de las propias experiencias internas, así como de las experiencias adquiridas en la dirección espiritual de otros. Luego se han investigado diligentemente las fuentes escritas de donde pudieron fluir los Ejercicios espirituales. No es improbable que Ignacio tuviera en sus manos, en Montserrat, el *Ejercitatorio de la vida espiritual*, que compuso García de Cisneros, sobrino del Cardenal Ximénez y primer abad del reformado monasterio benedictino de Montserrat, para uso de las personas religiosas, el cual hizo imprimir en el mismo Montserrat en 1500 (3). De allí pudo tomar el título de su libro y aun algunas cosas particulares (4), la mayor parte de las cuales había sacado por lo demás el mismo Cisneros, según toda probabilidad, de los escritos de dos flamencos Hermanos de la Vida común, Gerardo Zerbolts van Zutfen y Jan Mombaers; quienes á su vez descubren el influjo de San Buenaventura y de otros autores. Algunas cosas están tomadas de la Imitación de Cristo de Tomás de Kempis, y de la Vida del Redentor de Ludolfo de Sajonia. La contemplación de dos banderas se halla ya en parte en un sermón medioeval atribuido á San Bernardo (5), y la doctrina de los tres grados de humildad tiene extraña semejanza con lo que Savonarola observa acerca de ella (6).

Pero todo eso no son sino piedras sueltas: el edificio en su totalidad es una obra de arte, de unidad rigurosa y género nuevo enteramente peculiar (7). Principalmente acerca de aquella clase de oración, que se llama meditación en sentido estricto, ninguno

(1) Anotaciones n. 14, 15, 18. Primera semana, décima adición.

(2) *Exercitia spiritualia* S. P. Ignatii de Loyola, Romae 1870, xvi-xvii; cf. además Mon. Ignat. Ser. IV, I, 511. Sobre el libro de los Ejercicios cf. el bello escrito de Hettinger: *Die Idee der geistl. Übungen nach dem Plane des hl. Ignatius*, Regensburg 1908; v. también Heimbucher III, 28-32.

(3) Watrigant 28-31; Astrain 152-160.

(4) Cf. J. M. Besse en la Rev. d. Questions historiques LXI, (1897) 22-51.

(5) Migne, Patr. lat. CLXXXIII, 761. Otro ejemplo de la Alemania medioeval, v. en Michael, *Gesch. des deutschen Volkes* IV, 229.

(6) Watrigant 102; cf. ibid. 50-59, 77.

(7) Esto lo reconoce también Holl (p. 4-5).

de los antiguos dió instrucciones tan fundamentales como Ignacio. Su método está á mil leguas de todo fanatismo, responde enteramente á la razón y á la fe, puédesse aprender y se convierte en una escuela de la vida.

No puede menos de reconocerse, haber sido un fenómeno memorable, que un militar que no sabía sino leer y escribir, y que acababa de despedirse de una vida por demás mundana, pudiera escribir un libro espiritual de tal intimidad, claridad, profundidad y fuerza; por lo cual el mismo Ignacio y sus primeros discípulos miraron en ello una particular asistencia del Espíritu divino (1).

Paulo III entregó el libro á tres teólogos para su examen, dándoles entera libertad para borrar y enmendar lo que les pareciera; pero ellos lo aprobaron sin variar ni una sola palabra (2). Y á ruegos del Duque de Gandía, Francisco de Borja, expidió Paulo III, el 31 de Julio de 1548, un breve donde declara, que aquellos Ejercicios están llenos de piedad y santidad; que habían contribuído mucho á los grandes resultados conseguidos por Ignacio y la Compañía por él fundada; por lo cual los aprueba y alaba en todas sus partes, y exhorta instantemente á todos los fieles á que procuren sacar provecho de ellos (3).

Ignacio quiere que, por medio de los Ejercicios espirituales, se imprima en sus novicios el espíritu de su Orden. «Estas son nuestras armas», solía decir; y no permitía que en la Compañía de Jesús se siguiera otro modo de oración (4). Por medio de los Ejercicios se le juntó asimismo, en 1543, el primer alemán: *Pedro Canisio*, que era entonces un joven de veintidós años, y escribió sobre ellos desde Maguncia á un amigo: «En ellos aprendí á orar en espíritu y verdad; sentí, por decirlo así, en mí nuevas fuerzas, las cuales desde el alma redundaban en el cuerpo; me ví enteramente trocado en un hombre nuevo.» (5).

La Compañía de Jesús ha considerado en todo tiempo en los Ejercicios espirituales, especialmente en las contemplaciones

(1) Autobiografía n. 27 (p. 52-53); carta de J. Polanco de 8 de Diciembre de 1546 (Mon. Ignat. Ser. IV, I, 526).

(2) Prólogo á la edición de 1548, p. xvii (v. p. 383, not. 5). Los testimonios de los tres censores andan muchas veces impresos al principio del libro de los Ejercicios (cf. *ibid.* xvi).

(3) *Ibid.* xiii-xv.

(4) Bartoli, l. 1, n. 20 (cf. arriba, p. 1, nota 2).

(5) *Canisii Epistulae*, ed. Braunsberger, I, 77.

del Reino de Cristo y de dos banderas, el dechado de su fundación (1).

También fuera de la Compañía sintieron pronto su eficacia; particularmente, entre los grandes maestros de espíritu y santos de aquella época, Luis de Granada, Juan de Avila y Ludovico Blosio de la Orden de San Benito (2).

Gerardo Kalckbrenner, Prior de la Cartuja de Colonia, escribía á 31 de Mayo de 1543 á un religioso de su Orden: «Un tesoro tal debería buscarse aunque se tuviera que ir para ello hasta las Indias» (3). El teólogo escolástico Jan Cochlaeus se regocijaba de que ahora por fin «había también maestros para el corazón» (4). Dietrich van Heeze, que había sido confesor y secretario íntimo del Papa Adriano VI, aseguraba en 1543, haber ganado con los Ejercicios tan grande bien, que no lo daría si por ello le ofrecieran todo el mundo (5). Asimismo recomendó los Ejercicios espirituales San Francisco de Sales (6), y San Carlos Borromeo los introdujo en el clero de la Provincia eclesiástica de Milán (7).

Todas las Ordenes han recibido el uso de hacer en determinados tiempos los Ejercicios espirituales. El libro de los Ejercicios de Loyola, dice un moderno historiador, ha ejercido una influencia poderosamente decisiva, así en la vida espiritual de su Orden, como, generalmente, de todo el clero católico (8). Y pudiera haber añadido, que ha demostrado y continúa demostrando todavía su eficacia transformadora y santificadora, no menos en los seglares de todos los más diversos estados y clases sociales (9).

Ignacio permaneció en Manresa cerca de un año; luego su celo empujó á aquel hombre de acción otra vez al mundo. Por lo pronto se puso en camino para la Tierra que tan frecuentemente había sido objetivo de los peregrinos de la cruz durante la Edad

(1) Orlandinus, *Historiae Societatis Iesu* P. I, l. 10, n. 66 (cf. arriba p. 1 s., nota 2); Bartoli, l. 2, n. 36; Pinius, *Comm. praev.*, n. 344-346; Christoph Genelli S. J., *Das Leben des hl. Ignatius von Loyola*, Innsbruck, 1848, 123-124; J. Wieser S. J. en la *Zeitschr. für kathol. Theol.* VIII, 85, 87.

(2) *Canisii Epistulae*, I, 404; Bartoli, l. 1, n. 18.

(3) *Cartas y otros escritos del B. P. Pedro Fabro*, I, Bilbao, 1894, 421-422.

(4) «*Magistri circa affectus*» (*ibid.* 335-336).

(5) Polancus, *Chronicon*, I, n. 55 (cf. arriba p. 1 s., nota 2).

(6) *Traité de l'Amour de Dieu*, l. 12, ch. 8 (*Oeuvres* V, Annecy, 1894, 334).

(7) *Concilium provinciale*, IV, P. 23 (*Acta Ecclesiae Mediolanensis, Mediolani*, 1599, 143, 171).

(8) M. Ritter, *Ignatius von Loyola: Histor. Zeitschr.*, XXXIV, 317.

(9) Sobre esto, cf. Janssen-Pastor, IV<sup>is</sup>, 405.

Media: para Palestina. Vestido de un pobrísimo hábito de peregrino, salió de Barcelona para Gaeta, y de allí se dirigió á Roma. El Domingo de Ramos, 29 de Marzo de 1523, pisó por vez primera el suelo de la Ciudad Eterna, donde se detuvo catorce días y recibió la bendición del Papa Adriano VI. Desde allí, mendigando su sustento, se encaminó á Venecia, donde se embarcó para Tierra Santa.

En Jerusalén su alma se bañó de celestiales consuelos; y de buena gana hubiera pasado allí toda su vida, como misionero entre los musulmanes, cuando el Provincial de los Franciscanos, en virtud de una ordenación pontificia y so pena de excomunión, le mandó se volviera. El peregrino reconoció en esto la voluntad de Dios, y mendigando como había ido, regresó de nuevo á Barcelona (1).

¿Qué iba á hacer entonces? Al principio pensó entrar en un monasterio; pero finalmente, prefirió ejercitar con libertad su celo por la gloria de Dios. Ante todo conoció claramente que necesitaba adquirir para esto formación científica (2), y así, siendo ya de treinta años, asistió en Barcelona durante dos á la escuela, confundiendo con los niños en las clases de latinidad. Dos devotas matronas, Isabel Roser é Inés Pascual, cuidaban de proveerle de comida y bebida (3). Luego, con el fin de emprender los estudios mayores, se dirigió sucesivamente á las universidades de Alcalá y Salamanca; y en todas aquellas tres ciudades dió asimismo los Ejercicios y practicó otras obras de misericordia. Los discípulos que se le juntaron entonces, se vestían todos de unos vestidos semejantes de grosero sayal pardo, lo cual hizo que el pueblo les diera el nombre de «los ensayalados» (4). Muchas almas devotas, particularmente mujeres, buscaban en Ignacio espiritual instrucción y consolación; lo cual, por una parte perjudicaba á sus estu-

(1) Autobiografía n. 29, 40, 45-47 (p. 54, 60-65); Ribadeneira, Vita, l. 1, c. 10. Nuevas particularidades sobre el viaje pueden verse en la obra de Creixell, citada en la nota 3 (p. 35 ss.).

(2) Autobiografía, n. 54 (p. 68); Polancus, Vita, c. 5 (p. 31).

(3) Sobre la estancia de S. Ignacio en Barcelona y obras caritativas que allí ejercitó antes y después de su viaje á Jerusalén, v. J. Creixell, S. Ignacio en Barcelona, 38 s., 91 s. Según Creixell (p. 46, nota 3), la exacta manera de escribir es «Roses»; ella misma se firmaba «Roser» (Mon. Ignat. Ser. IV, I, 338, 341, etc.).

(4) Autobiografía, n. 56-61 (p. 69-73); Polancus, loc. cit.; Actas del proceso de Alcalá (Mon. Ignat. Ser. IV, I, 608).

dios, y por otra despertaba la atención. Ignacio vino á caer en sospecha de ser un emisario de los «Alumbrados», género de fanáticos que, so color de inmediatas revelaciones divinas, sembraban por la tierra perniciosos errores. Fué, pues, reducido á prisión, en la cual permaneció en Alcalá cuarenta y dos días y en Salamanca veintidós, sin querer nombrar abogado que le defendiera. En ambas ciudades fué absuelto por las Autoridades eclesiásticas, y más adelante pudo certificar al rey Don Juan III de Portugal, que nunca había tenido que ver con alumbrados ni conocido á ninguno de ellos (1).

Con todo eso, entonces se encaminó al sitio que, lo mismo que siglos antes, era considerado á la sazón como centro de la Ciencia cristiana: á la Sorbona de París. El 2 de Febrero de 1528 llegó allí Ignacio, donde pasó siete años ocupado en serios estudios científicos. Después de haber cursado tres años y medio los estudios de Filosofía, obtuvo el grado de Maestro en ella (2), y al propio tiempo se entregó al estudio de la Teología. Para recoger limosnas con que sustentarse, se dirigió repetidas veces durante las vacaciones á Amberes y Brujas, y hasta una vez á Londres (3).

También en París incurrió Ignacio en sospecha de ser hereje disfrazado; pero los inquisidores Mateo Ori y Tomás Laurencio, ambos de la Orden de Santo Domingo, declararon su inocencia. Laurencio expidió para él y para sus compañeros un testimonio auténtico muy honroso, y agradóle tanto el libro de los Ejercicios, que pidió un traslado para sí (4).

Los discípulos que Ignacio había juntado en España le volvieron á dejar; y en lugar de ellos encontró en París, en la Sorbona, otros compañeros que no debían separarse más de él. El primero fué un saboyano de piedad infantil y muy deseoso de saber: Pedro Le Fèvre, á quien comúnmente se llama *Pedro Faber* ó *Fabro*, y fué compañero de habitación ó aposento de Ignacio en

(1) Autobiografía, n. 57-62, 69, 70 (p. 70-74, 78-79); Polancus, c. 5 (p. 34 s.); carta de S. Ignacio á Juan III, fechada en Roma á 15 de Marzo de 1545 (Mon. Ignat. Ser. I, I, 297); Actas del proceso de Alcalá (Ser. IV, I, 598-603). Cf. F. Fita en el Boletín de la r. Acad. de la Hist. XXXIII (1898), 429, 457 s.

(2) Polancus, c. 6 (p. 41). Ribadeneira, l. 2, c. 1.

(3) Autobiografía, n. 73, 76 (p. 80-82); Polancus, c. 6 (p. 41); Astrain, 59.

(4) Autobiografía, n. 81, 86 (p. 85, 88). El texto del testimonio puede verse en las Acta Sanctorum Julii, n. 185.

el Colegio de Santa Bárbara (1). En la misma casa moraba también un joven navarro de noble familia, brillantes dotes de ingenio y vastos planes para lo porvenir. Era *Francisco de Xavier*. Ignacio logró ganar el corazón de este joven profesor, y separarle del trato con camaradas que interiormente estaban ya alejados de la Iglesia. Por fin vino Francisco á hacer los Ejercicios y poner toda su alma en manos de su amigo (2). La misma resolución sacaron de los Ejercicios los dos españoles *Diego Lainez* y *Alfonso Salmerón*; á los cuales se agregaron el portugués *Simón Rodríguez*, el español *Nicolás de Bobadilla*, el saboyano *Claudio Le Jay* y los franceses *Pascual Broet* y *Juan Codure*; los cuales habían ya casi todos obtenido el birrete de Doctor en Filosofía (3).

En la festividad de la Asunción de María, 15 de Agosto de 1534, tuvo lugar aquel trascendental acontecimiento, que se ha considerado con frecuencia como la primera fundación de la Compañía de Jesús: Ignacio y sus seis primeros compañeros (todavía no se les habían juntado Le Jay, Broet y Codure) salieron de la ciudad y se dirigieron á Montmartre, en cuyo declive estaba situada la silenciosa capilla de San Dionisio, perteneciente á las religiosas benedictinas (4). Pedro Faber, que era el único sacerdote entre ellos, celebró el santo sacrificio de la Misa, durante el cual cada uno ofreció, en presencia del Santísimo Sacramento del Altar, los votos de pobreza y perfecta castidad, y el de peregrinar á Jerusalén, y trabajar después en la salvación de las almas. Sin embargo, todo el tiempo que permanecieran en los estudios, conservarían sus haciendas. Para poner en efecto su peregrinación pensaban dirigirse á Venecia y esperar allí todo un año la ocasión de embarcarse; y caso que ésta no se presentara, se obligaron á irse á echar á los pies del Romano Pontífice y poner sus personas á disposición del mismo (5). Los dos años

(1) Autobiografía, n. 82 (p. 85); Memoriale B. P. Fabri, nunc primum in lucem editum a P. Marcello Bouix S. J., Lutet. Paris, 1873 (grandé edición), 7-8.

(2) Autobiografía, n. 82 (p. 85); Polancus, c. 7 (p. 48); Monumenta Xaveriana, I, Matriti, 1899-1900, 204.

(3) Polancus, Vita, c. 7 (p. 49 s.).

(4) V. H. Joly, St. Ignace de Loyola, Paris, 1899, 116, nota; Ch. Clair S. J., La Vie de St. Ignace de Loyola, Paris, 1891, 162-175. Cf. también nuestros datos del vol. X, p. 358.

(5) Autobiografía, n. 85 (p. 87-88); Memoriale P. Fabri, 12; P. Simonis Rodericii Commentarium de origine et progressu Societatis Iesu. (Relación sobre

siguientes, repitieron sus votos en el mismo lugar y día, y por lo menos en el año de 1536 tomaron parte en ellos además los tres nuevos compañeros (1).

Entretanto había tenido necesidad Ignacio, para restablecer su quebrantada salud, de dirigirse por algún tiempo á su tierra, desde donde tomó el camino de Venecia; y entre las personas que allí se hicieron dar por él los Ejercicios espirituales, se contaron Pedro Contarini y Gaspar de Doctis, auditor del Nuncio pontificio Jerónimo Verallo. La calumnia no dejó de perseguir, en la Ciudad de las lagunas, á aquel varón celoso del bien de las almas, y las cosas llegaron tan allá, que se introdujo un proceso judicial; pero la sentencia se dió en favor de Ignacio. De Doctis ensalzó con grandes elogios su doctrina y su vida (2).

Ignacio había llegado á Venecia el primero de sus diez compañeros; Francisco Javier y los otros ocho se encaminaron á la Ciudad de las lagunas peregrinando á pie desde París, en el invierno del año 1536, con los rosarios al cuello, y á la espalda un zurrón de cuero donde llevaban la Biblia, el Breviario y los cuadernos de sus lecciones (3); y permanecieron en Venecia dos meses y medio ocupados en obras de misericordia corporal y espiritual que ejercitaban con los enfermos de los hospitales. Luego se dirigieron á Roma, á fin de obtener la bendición del Papa para su peregrinación á Tierra Santa (4).

Sólo Ignacio se había quedado atrás, temiendo en Roma á dos hombres: al cardenal Carafa, con quien poco antes en Venecia había tenido graves diferencias de parecer, y á Pedro Ortiz, embajador imperial cerca del Papa, que en otro tiempo había estado ofendido de él en París, siendo profesor de la Universidad (5). Pero cabalmente fué Ortiz quien recomendó al Papa fer-

el origen y progreso de la Compañía de Jesús, compuesta por el P. Simón Rodríguez en 1577, en Lisboa, por mandato del General de la orden Everardo Mercurian), que se halla en las Epistulae PP. Paschasii Broëti, Claudii Iaii Ioannis Codurii et Simonis Rodericii, Matriti, 1903, 457-459.

(1) Memoriale P. Fabri, 13; Rodericius, Commentarium, 459.

(2) Autobiografía, n. 92, 93 (p. 92). El texto se halla en las Acta Sanctorum Julii VII, n. 255-258. P. Contarini no era sobrino del cardenal (cf. Tacchi-Venturi, I, 444, nota).

(3) Rodericius, 462-474; carta de Laynez, 113-114; Memoriale P. Fabri, 13.

(4) Carta de Laynez, 115-116.

(5) Polancus, c. 8 (p. 56); carta de S. Ignacio á Carafa, escrita desde Venecia en 1536 (Mon. Ignat. Ser. I, I, 114-118); autobiografía, n. 93 (p. 93). La oposi-

vorosamente á los extranjeros. Paulo III hizo que, durante su comida, los teólogos parisienses disputaran con muchos doctores romanos; después de la comida los hizo llamar á su presencia, los bendijo extendiendo los brazos, y les dijo haberse alegrado mucho de hallar tanta erudición unida con tanta modestia. Dióles de buena gana licencia para ir á Jerusalén; por dos veces, sin que se lo pidieran, les dió dinero para el viaje; pero observó, no creía que pudiesen llegar á la Ciudad Santa (1). Asimismo el cardenal Carafa se les mostró muy favorable (2).

Los peregrinos regresaron entonces á Venecia, donde Ignacio, Francisco Javier y otros cinco, recibieron la ordenación sacerdotal por concesión del Romano Pontífice (3).

No les quedaba ya sino aguardar embarcación, y en el entretanto los diez se repartieron por diferentes ciudades de la República. Verallo les había dado facultades para predicar y oír confesiones (4); mas aconteció aquel año lo que no había sucedido en muchos antes ni después: por causa de la guerra que la Señoría de Venecia tenía con los turcos, ni una sola nave salió en todo el año para la Tierra Santa (5); con lo cual quedaron los compañeros libres de su voto de peregrinación y hubieron de ir á buscar su Jerusalén en Roma. Mas primero quisieron dirigirse á las Universidades italianas, «para ver, como dice Laynez, si Dios llamaría á su modo de vivir uno ú otro estudiante» (6); pero entonces se les ofreció una duda. En París habían dado á los compañeros de Ignacio ó Iñigo el nombre de Iñiguistas (7); ahora, pues, se preguntaron: Si alguno nos demanda, á qué comunidad pertenecemos, ¿qué le habremos de responder? y convinieron, que dirían en tal caso, que pertenecían á la Compañía de Jesús (8); pues el

ción entre Carafa y S. Ignacio todavía no se ha aclarado completamente (v. Stimmen aus Maria-Laach, XLIX, 533).

(1) Rodericius, 486-487.

(2) Autobiografía, n. 96 (p. 94).

(3) Rodericius, 487-488; carta de Laynez, 117.

(4) El documento se halla en las Acta Sanctorum, loc. cit., n. 252-254.

(5) Carta de Laynez, 116.

(6) Ibid., 118; cf. Rodericius, 491; Polancus, c. 8 (p. 62).

(7) Epistolae P. H. Nadal I, 2.

(8) El nombre «Jesuita» es más antiguo que la fundación de Loyola. Con él se designaba, á principios del siglo xv, ya á un cristiano verdaderamente piadoso, ya un «beato». Parece que donde por primera vez se dió este nombre á los miembros de la Compañía de Jesús, fué en la baja Alemania hacia 1544, y por cierto, en sentido odioso. Ellos por largo tiempo lo oyeron de mala gana,

amor á Jesús era lo que propiamente los había juntado; Jesús era su capitán; el honor de Jesús lo único por que peleaban (1). Victoria Colonna reconoció á dos verdaderos servidores de Cristo en los dos compañeros á quienes tocó en suerte dirigirse á Ferrara; es á saber: Le Jay y Rodríguez, á los cuales aquella noble señora ayudó, los interrogó acerca de asuntos de conciencia y llamó sobre ellos la atención del Duque Hércules II, el cual oyó algunos de sus sermones y se confesó con Le Jay (2).

El mismo Ignacio se dirigió á pie á Roma con Faber y Laynez, para preparar el terreno á los demás; y en la última jornada, en el lugarcillo de La Storta, en cuya pequeña iglesia entró para hacer oración, sintió su alma arrebatada, y creyó ver á Cristo y oír que le dirigía estas palabras: «Yo os seré propicio en Roma.» Ignacio refirió esto á sus compañeros y añadió: «No sé lo que harán con nosotros en Roma; por ventura nos crucificarán; pero una cosa sé de cierto, y es: que Cristo nos será propicio» (3). Y esta visión le confirmó además en gran manera en su pensamiento de escribir en su bandera y en la de sus compañeros el Santísimo Nombre de Jesús (4).

El recibimiento que se les hizo en la Curia, fué generalmente frío; de manera que decía Ignacio: que hallaba cerradas las ventanas (5). Sin embargo, el Papa aceptó con agrado los servicios de la nueva Congregación; y mientras Faber y Laynez habían de tener en la Sapienza sus prelecciones teológicas, Ignacio procuraba introducir sus Ejercicios espirituales. El embajador imperial Pedro Ortiz, se retiró con él por catorce días á Monte Cassino, y llegado al fin de sus Ejercicios, parecióle que se había trocado en otro diferente hombre del que solía ser: había, según su propio

pero poco á poco se avinieron con él, y después hasta ellos mismos lo usaron (N. Paulus en la Zeitschr. für kathol. Theol. XXVII, 174-175; cf. también ibid. 378-380 y Braunsberger, B. P. Canisii Epistolae I, 121, 134-135).

(1) Polancus, Vita c. 9 (p. 72-74); Bartoli I, 2, n. 36.

(2) Rodericius 496; carta de Laynez 118; Polancus c. 8 (p. 63); Bartoli I, 2, c. 38; Tacchi Venturi, V. Colonna 152 ss.

(3) Polancus c. 8 (p. 63 s.); Ribadeneira, De actis S. Ignatii n. 83. Cf. Tacchi Venturi, I, 413 ss.

(4) Polancus, c. 8 (p. 64); Ribadeneira, loc. cit.; I. P. Maffei S. J., De vita et moribus Ignatii Loiolae (cf. arriba p. 1 s., nota 2), I, 2, c. 5 (en la edición Ignatii Loiolae vita, postremo recognita, Antverpiae, 1605, 72); Orlandinus, I, 2, n. 29-31, 62. Cf. ahora todavía Tacchi Venturi, I, 587.

(5) Autobiografía, n. 97 (p. 95).